

## San Ignacio y los Estudios Eclesiásticos

No hace falta razonar el homenaje que nuestra revista ESTUDIOS ECLESIASTICOS desea ofrecer en este número de julio de 1956 a N. P. S. Ignacio de Loyola en el cuarto centenario de su feliz tránsito a la gloria eterna. Es el filial obsequio de los hijos a su venerado Padre; esto basta. Y si bien la especialidad de nuestra revista no parece prestarse a muchos estudios sobre su personalidad religiosa y humana y sobre su acción tan rica en sí y de virtualidades tan extensas y tan profundas en la vida de la Iglesia en estos cuatros siglos —estudios que tienen más propio lugar en revistas de la especialidad ascético-mística, o de la historia de la Compañía de Jesús, y aun de la historia de la Iglesia universal—, no faltan temas típicamente ignacianos para el teólogo y para el hombre de ciencia eclesiástica, como podrá verse en las muestras que presentamos.

En este como pórtico o presentación deseáramos mostrar las relaciones reales que pretende descubrir el título con que lo encabeza- mos entre la vida y actuación del fundador de la Compañía de Jesús y la formación científico-eclesiástica que da la Iglesia a su clero, a los destinados por vocación al ministerio eclesiástico en sus diversas formas <sup>1</sup>.

\* \* \*

Ya la historia de los estudios eclesiásticos de Ignacio es por demás interesante por ofrecernos un providencialismo maravilloso en su des-

---

<sup>1</sup> La materia de este artículo ha sido tratada con acertado criterio por varios autores, que han beneficiado el rico tesoro documental del «Monumenta Historica Societatis Iesu». Además de los recientes biógrafos e historiadores de la Compañía, véanse los trabajos de los PP. P. DE LETURIA, *Perchè la Compagnia di Gesù divenne un Ordine insegnante*: Gregorianum 21 (1940) 350-382; R. GARCÍA VILLOSLADA, *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria* (Roma 1938); *Storia del Collegio Romano* (Roma 1954); V. LARRAÑAGA, *S. Ignacio de Loyola, Obras completas*, t. I (Madrid B. A. C. 1947); *Los estudios superiores de San Ignacio en París, Bolonia y Venecia*: Razón y Fe 153 (1956) 221-242; G. SCHURHAMMER, *Franz Xaver, I.* (Friburgo, 1955).

arrollo; providencialismo en la conversión del Ignacio mundano, y aun del convertido a Dios, en un filósofo y teólogo; providencialismo en hacer de aquel Ignacio el padre y fundador, y el legislador pedagógico, de una Orden religiosa en la que debían brillar tantas lumbres del saber eclesiástico como que pudo decir Scheeben<sup>2</sup> que «la parte del león» en la renovación teológica del s. XVI toca a la recién fundada Compañía de Jesús, de la cual dejó escrito Mons. L. Janssens, O. S. B.: «apud Societatem Iesu pullulant summi viri mira et vix audita efflorescentia»<sup>3</sup>. ¡Quién lo hubiera dicho! Ignacio convertido a los 30 años de soldado desgarrado y vano en el hombre de Dios y siervo de Cristo; pero con la suficiencia de letras, leer y escribir (eso sí, era «buen escribano»). No sin razón consideran los biógrafos del Santo como una de las pruebas más fehacientes de su virtud y de su energía de voluntad la historia de sus estudios; no es sino la de una carrera de obstáculos de todo género, interiores y exteriores, naturales y sobrenaturales, humanos e incluso, al parecer, divinos.

La vida de Ignacio hasta su conversión apenas podía ser más contraindicada para hacer de él un hombre de ciencia eclesiástica. Nada digamos del aventurero licenciado, ambicioso y pendenciero. Sus mismas cualidades naturales, nobles en sí, pero desviadas, nos lo retratan como hombre de acción, de prudencia y de gobierno, inclinado a lo práctico; nada se observa en él que nos descubra ni una remota raíz de aquella curiosidad especulativa, que es la base de la ciencia y del gusto e inclinación por ella. En su conversión es interesante observar el proceso que sigue la divina gracia en la transformación que iba operando en el alma de Ignacio. Es imposible la conversión sin elementos que iluminen el entendimiento; en Ignacio nada tienen de especulativo: la vida de Cristo y de los Santos, la reflexión sobre sus pensamientos y mociones, las visiones sobrenaturales, el amor a la Reina del cielo, llevan a la extrema pobreza y penitencia al «peregrino», al «home del sac», en que queda convertido el violento soldado y puntilloso caballero. Por ahora no parece la intervención divina preannunciar designio alguno de hacer de Ignacio un teólogo. Y viene el período de Manresa, trascendental como ninguno en la vida del Santo. Aquella estancia de diez meses, accidental, casual diríamos, en sus designios, hace de Ignacio un maestro de la vida espiritual. Pero nada vemos de formación científica, ni de iniciación teológica. Si algo observamos, es todo lo contrario. Intensa vida interior de siete horas de oración; reflexión profunda sobre sí mismo entre las tempestades de los escrúpulos, y sobre todo la irrupción asombrosa

<sup>2</sup> Handbuch der katholischen Dogmatik, I (Friburgo 1927) 445.

<sup>3</sup> Summa Theologica, I (Friburgo 1900) 19.

de los dones místicos, que le llevan a la contemplación de lo divino bajo la dirección inmediata del mismo Dios, que le trataba como «un maestro de escuela a un niño enseñándole»; en fin, aquella eximia ilustración a las orillas del Cardoner, que le abrió los ojos del entendimiento «entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas... de manera que en todo el discurso de su vida... coligiendo todas cuantas ayudas ha tenido de Dios [y no fueron pocas!] y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola»<sup>4</sup>.

Así, lleno de Dios y de un conocimiento superior de las cosas espirituales, compone y da los Ejercicios espirituales en su afán de salvar y santificar las almas, mientras emprende la peregrinación a Jerusalén. No necesitaba para ello de estudios ni había por qué se le ofreciese la necesidad de estudiar. Sin embargo, la providencia comienza suavemente a encauzarle por esos caminos. «Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino pensando qué debía hacer, y al fin se determinaba más a estudiar»<sup>5</sup>. No dice el Santo qué razones le movieron ahora a estudiar; el fin era ciertamente «para poder ayudar a las ánimas». Y comienza ahora el heroico período de los 13 años de estudio de aquel hombre que a los 34 se sienta con los niños en la escuela barcelonesa del maestro Ardévól para aprender los rudimentos de gramática latina durante dos años, y luego va a Alcalá y a Salamanca, y luego a París, donde vuelve a repasar humanidades por año y medio; sigue el curso completo de Artes, hasta obtener el Magisterio, y oye Teología unos dos años, estudio que completa en Venecia después de la interrupción de su ida a España durante otros dos años, en privado, pero con la aplicación que él mismo afirma en una carta, y seguramente disponiendo de la rica biblioteca de su bienhechor Andrés Lipomani<sup>6</sup>.

No es sólo la edad ni la prolongación de los estudios lo que causa estupor en la historia escolar de Ignacio. No creo sea fácil encontrar casos de estudios eclesiásticos proseguidos con tanta tenacidad y perseverancia y, añadamos, con éxitos y resultados tan excelentes, entre los obstáculos y circunstancias más adversas, exteriores e interiores, por causas ajenas y por causas propias, involuntarias y voluntarias. Pobreza e indigencia, con molestas enfermedades y dolores acerbísi-

<sup>4</sup> Autobiografía n. 30: *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola. Acta P. Ignatii a P. Ludovico González de Cámara* (Roma 1943) I, 404.

<sup>5</sup> *Ibid.* n. 50, 430.

<sup>6</sup> Cf. SCHURHAMMER, o. c. 286-288.

mos, penitencia sin medida, e ilustraciones de cosas espirituales, trato con prójimos, que le ocupa el tiempo en cosas muy santas, pero que por fuerza debían impedirle el estudio y que fué ocasión de las persecuciones y cárceles de Alcalá, Salamanca y aun de París: tal es el ambiente exterior, la «comodidad» que tuvo Ignacio para sus estudios. Y el ambiente interior no era menos ingrato; basta el perfil psicológico de Ignacio que hemos esbozado para ponerlo de manifiesto. La materia del estudio, las arideces de la gramática y de la filosofía de tendencia terminista, nada tenían de atractivo para un contemplativo como Ignacio; mayor afinidad con su espíritu halló sin duda en la Teología de Sto. Tomás, que estudió en Santiago de París. Y en el aspecto formal la falta absoluta de dirección en los estudios, que le hace en Alcalá oír a la vez términos de Soto, física de Alberto y el Maestro de las sentencias, hasta encajar en el molde del «modus parisinus», donde su perspicacia y prudencia natural y sobrenatural le hace al fin hallar el camino que le lleva a la meta de sus esfuerzos.

Es interesante examinar la posición o reacción de Ignacio frente a estos obstáculos de su carrera eclesiástica. Los que él vió claramente que eran tales obstáculos los superó con su habitual decisión; es el caso conocido de las ilustraciones de cosas espirituales al ponerse a declinar y conjugar. Las enfermedades y dolores físicos no contaban para él como impedimento. La falta de recursos supo conciliarla suficientemente con su pobreza, gracias a la liberalidad de sus bienhechores barceloneses y complutenses y los que se buscó en Flandes e Inglaterra. Mas es preciso confesar que algunos de los impedimentos de sus estudios no parece haberlos conocido como tales, al menos a los principios, y de aquí que no sólo no los quitase de en medio, sino que incluso los fomentase; tal es la ocupación de dar Ejercicios y demás ministerios con los prójimos, que tanto tiempo le quitaron y que dieron con él en las cárceles de las dos célebres ciudades universitarias españolas. Ignacio no aceptó las sentencias de los dos tribunales, que le exigían los años de estudio reglamentarios antes de predicar y de meterse en dictaminar sobre casos de conciencia. Personalmente tenía razón; él había demostrado ante sus jueces su suficiencia por luces superiores, no había por qué le impidiesen trabajar en bien de las almas. Sin embargo, las sentencias no eran injustas ni fueron dadas con ánimo malévolo, antes al contrario los jueces le mostraron amor y más tarde dieron en Roma testimonio favorable a su vida y doctrina. Fué providencial en su vida de estudio, y más en su actitud posterior de legislador escolar su paso por Alcalá y Salamanca. La reflexión y la ilustración divina le hizo entender y penetrar la razón de ser de la ciencia eclesiástica que se requiere para la acción en la vida de la Iglesia, aun en aquellos que saben por divina ilustración lo que normalmente sólo con el estudio se obtiene, como

se lo escribirá más tarde al contemplativo Duque de Gandía<sup>7</sup>. Y como acertadamente nota el P. Astrain, de los errores del tiempo de sus estudios aprendió para sus hijos aquel principio que éstos requieren al hombre entero, y por esto deben abstenerse durante ellos de otras actividades muy santas y muy apostólicas. En París supo ya distribuir convenientemente ambas actividades, dejando ésas para el tiempo de las vacaciones.

Espontáneamente brota la pregunta: ¿qué fruto sacó Ignacio de sus costosísimos afanes por adueñarse de las ciencias eclesiásticas? Hoy ha sido ya superada la respuesta, más bien pesimista, a que dió lugar la interpretación inexacta de una frase de Láinez: que Ignacio había llegado a «mediocres letras», que se tradujo por «una decente medianía y nada más». Ya la misma frase en su contexto se opone a lo que hoy llamamos una medianía; pues sigue: «como lo demostró disputando y arguyendo y sacando los grados», que exigían bastante más que medianías. El mismo Láinez designa con idéntico calificativo su propia ciencia y la de Salmerón y demás compañeros; ciencia que en sí misma y en la apreciación del propio Láinez se elevaba sin duda no poco sobre la mediocridad, tal como hoy la entendemos: «el Señor especialmente nos ayudó en las letras, en las cuales hicimos mediano provecho»<sup>8</sup>. Con razón el P. Schurhammer interpreta la frase de Láinez como «recht gute Fortschritte»<sup>9</sup>, muy buenos progresos. A Nadal, no fácil en sus juicios, le maravillaba cuán en su punto sabía responder Ignacio cuando en su presencia se proponía una cuestión difícil, y cuenta que un conocido Doctor declaraba maravillado que nunca había conocido un hombre que con tan soberano señorío y majestad tratase las cuestiones teológicas. No negaremos, claro está, que en esta posesión de la verdad divina tuviesen buena parte los dones sobrenaturales, que en Roma la hacían escribir al Padre que le parecía no se podía alcanzar más de la Trinidad. Pero queda establecido que los afanes de Ignacio por la adquisición de la ciencia sagrada no fueron infructuosos para su persona.

\* \* \*

Mas sin duda los frutos fueron mayores en orden a su futura actuación como legislador de los estudios en la Compañía. Puesto caso que en este aspecto se nos presenta Ignacio como autor de un código pedagógico universalmente reconocido como de gran valor, será de

<sup>7</sup> Carta de S. Ignacio 20 sept. 1548: MHSI, Monum. Ignat. Epistolae et Instruções, II (Madrid 1904) 233.

<sup>8</sup> Cf. LARRAÑAGA, *Los estudios superiores...* 239-241.

<sup>9</sup> SCHURHAMMER, o. c. 225.

interés apreciar los influjos exteriores que pudieron contribuir a esta formación.

En este punto parece importante el ambiente próximo intelectual y escolar durante sus estudios. Poco interés presentan en este aspecto los dos años de Barcelona, por las circunstancias en que vivió y por la misma naturaleza de sus estudios, los rudimentos del latín. Aquí con todo algo hay que no debe pasarse por alto, y no precisamente como elemento positivo de explicación, sino precisamente como algo que, si hubiese tenido éxito, quizá hubiera podido desviar la formación de Ignacio como hombre de ciencia eclesiástica. Nos referimos a los primeros compañeros que aquí reclutó y que al fin le abandonaron; aquella recluta, llamada por Polanco «parto primerizo», fracasó providencialmente en el aspecto que aquí estudiamos. En Barcelona comenzó Ignacio a buscar compañeros del modo de vivir y servir al Señor en aquella forma especial que había concebido en la eximia ilustración de Manresa. Aquí se le allegan Calixto de Sa y Cáceres, a los que se añaden en Alcalá Arteaga y Reinalde. Le siguen fielmente en su trabajos y persecuciones, hasta que la imposibilidad de llevarlos a París durante su ausencia de España los dispersa. Jóvenes eran ellos sin duda de buena voluntad y esperanzas fundadas para que un hombre como Ignacio los considerara como capaces de seguirle. Sin embargo, poco o nada sabemos de sus cualidades intelectuales. Algo parecido puede decirse del otro intento de resultado igualmente negativo a los principios de su estancia en París. Por el contrario, los que la divina Providencia le depara como compañeros definitivos en las aulas universitarias del Sena son capacidades intelectuales de orden ciertamente no vulgar y de formación acrisolada, de la que dieron patentes muestras en su actuación posterior, aun no siendo la ciencia precisamente como tal su incumbencia y su finalidad inmediata. En una palabra, el ambiente familiar e inmediato de Ignacio, el embrión de su Compañía, es de categoría intelectual. Y lo mismo ocurre, y ya de un modo más consciente, en los nuevos adláteres que se le juntan, a los cuales buscan él y sus compañeros en las Universidades italianas y luego en Roma.

Es éste un hecho muy real y conocido. No es fuera de propósito el recordarlo. De casi todos los miembros fundadores de la Compañía de Jesús tenemos pruebas auténticas de su alta formación científico-eclesiástica. Todos ellos son Maestros en Artes por París, donde han tenido que probar y completar con antelación su formación humanística; y en Colegios agregados a la Universidad han cursado Teología con suficiencia más que ordinaria. El grupo llegado a Roma es apellidado allí «teólogos parisienses», y ya en su primera aparición disputan Fabro y Láinez de cuestiones teológicas delante de Paulo III, quien les encarga cursos de Sagrada Escritura y Teología escolástica en la Universidad romana, la «Sapienza». Su predicación de la di-

vina palabra en la Ciudad eterna se distingue por su carácter de exposición de la Escritura y del dogma; y apenas llegados su formación teológica les hace imponerse a la atención pública al descubrir y desenmascarar las insidiosas propagandas del predicador piamontés, hecho que origina la primera persecución que allí sufren.

En particular, de Javier sabemos se presenta inmediatamente después de graduado como brillante profesor de Artes en la misma Universidad. Fabro es compañero de Láinez en los primeros escarceos magistrales en Roma, y cuando más ocupado está en su fructuosísimo ministerio espiritual es designado por Ignacio para actuar en Trento con Láinez y Salmerón. Nada es preciso añadir a lo que todo el mundo sabe sobre los talentos y la ciencia teológica de estos dos teólogos tridentinos, sino que las nuevas fuentes sobre la magna asamblea añaden no poco a la fama del más joven, Salmerón, quien por lo demás vertió luego los raudales de sus conocimientos escriturísticos y teológicos en los 16 volúmenes de sus comentarios al Nuevo Testamento. El dulce Claudio Jayo, llegado a Trento antes que sus compañeros como Procurador del Obispo de Augsburgo, intervino con suma destreza e ingenio de las deliberaciones de la sección IV sobre la Sagrada Escritura y la Tradición<sup>10</sup>. Del incansable y un tanto tumultuoso Bobadilla sabemos que no sólo era sumamente perito en las tres lenguas sabias, sino que también en un libro de 1.000 páginas tenía recogidos y anotados textos de la Escritura y de los Padres, trabajo que parece comenzó por insinuación de Ignacio, quien le llevó al Convento de Santiago para oír la Teología<sup>11</sup>.

Ignacio, pues, se encuentra providencialmente como fundador de una Orden de teólogos, y tal quiso que fuese la Compañía de Jesús. Es natural que se interesase por la formación científica de sus hijos.

Mayor importancia tiene en la formación de Ignacio como legislador de la ciencia eclesiástica de su Orden el ambiente científico en que se desenvolvieron sus estudios. Vemos a Ignacio pasar por tres de las principales Universidades de aquel tiempo. Cierto que ni de Alcalá, ni menos de Salamanca, dado el brevísimo tiempo que allí estuvo y las circunstancias de su estancia, pudo sacar orientaciones científicas y pedagógicas, aunque en Alcalá pudo con su espíritu observador captar el ambiente renacentista y humanista, que eran los máximos exponentes de aquella primera época de la Universidad cisneriana. En cambio, París le descubrió el mundo intelectual religioso de la época, y sobre todo a su espíritu práctico le dió el molde, el «modus parisinus», en que encajar la pedagogía jesuítica.

En cuanto al aspecto científico filosófico no parece que el am-

<sup>10</sup> Concilium Tridentinum ed. Societas Goerresiana, v. V, v. ind.

<sup>11</sup> SCHURHAMMER, o. c. 245-247.

biente universitario parisiense haya dejado huella muy profunda en la mentalidad de Ignacio. En la facultad de Artes dominaba ciertamente el aristotelismo, pero con matices terministas, si bien de un terminismo moderado en Juan de la Peña y los demás maestros que pudo oír Ignacio. Pero Ignacio se decide por un Aristóteles más auténtico y equilibrado. En cambio, para la Teología acude él y hace acudir a sus compañeros, como a fuente pura de la doctrina sagrada, al convento dominicano de Saint-Jacques donde acababa de ser entronizado Sto. Tomás, a quien tanta afición cobró. No dejaba, por lo demás, de oír las lecciones del franciscano de Cornibus y del maestro Picardo, del Colegio de Navarra; y en estrecha alianza con la dirección escolástica renovada según la mente de Sto. Tomás, captó Ignacio lo mejor del ambiente renacentista, la tendencia positiva hacia las fuentes de la doctrina sagrada, en la que tanto comenzaron a distinguirse ya en sus días los teólogos de la Compañía. No es esto decir que la dirección doctrinal de la nueva Orden pueda explicarse por el solo ambiente de París; a los teólogos parisinos se les juntaron excelentes maestros salidos de las renovadas aulas salmantinas, y es de justicia añadir a los nombres de los primeros fundadores, ya en los días de Ignacio, entre otros muchos el de un Martín de Olave, como moldeador de la primera ciencia de la Compañía de Jesús.

Pero no hay duda que el influjo más íntimo y eficaz de París en Ignacio hay que buscarlo en lo que en su mente constituye la esencia del «modus parisinus», el aspecto práctico de su pedagogía, que puede reducirse al orden y método en los estudios, contra la licencia escolar que había observado en otras partes, y a la importancia dada a las repeticiones y disputas privadas y públicas y al contacto del profesor con los discípulos. Es lo que resplandece en toda la legislación escolar de S. Ignacio y sus continuadores, hasta llegar a la compilación definitiva, la «Ratio studiorum», y lo que ha llamado la atención de los nuevos pedagogos e historiadores de la pedagogía, que sin ambages reconocen en la legislación ignaciana el origen de las nuevas formas que en las modernas universidades ha tomado el trabajo práctico del escolar, junto a la lección o explicación del profesor.

\*\*\*

En este ambiente próximo y remoto redactó S. Ignacio su legislación escolar en la cuarta parte de las Constituciones. Todo el conjunto de sus experiencias personales, ponderadas a través de su espíritu reflexivo, todo el auxilio que le prestaron sus inteligentes colaboradores, el resultado obtenido ya en sus días en los primeros Colegios, y en particular en la obra que fué en sus últimos días su obsesión, el Colegio Romano, «una de sus iniciativas más elevadas y

fecundas»<sup>12</sup>; todo esto tamizado y escrupulosamente examinado a la luz de las comunicaciones sobrenaturales, vino a cristalizar en aquellas prudentísimas prescripciones.

Para nosotros no tienen ya ciertamente el aliciente de la novedad, acostumbrados a oirlas, repetidas y complementadas por la legislación posterior, y aun sustancialmente impuestas a toda la Iglesia por la Santa Sede. Pero tal aliciente lo tuvo, no sin respetuoso asombro, en los contemporáneos. Ya el solo hecho que el fundador de una nueva Orden religiosa dedicase toda una parte de sus Constituciones a la formación científica eclesiástica de sus miembros pareció algo sorprendente. No menos el totalitarismo de la entrega a los estudios, que exige de sus escolares, pretendiendo que en ellos «mucho aprovechen»; para lo cual, después de «el ánimo pura y la intención del estudiar recta» y de la oración con que «a menudo pidan gracia de aprovecharse en la doctrina para tal fin», les intima «tengan deliberación firme de ser muy de veras estudiantes», y enérgicamente prescribe «quítense los impedimentos que distraen del studio», sea de devociones o mortificaciones demasiadas, sea de trabajos domésticos, sea de ocupaciones con prójimos<sup>13</sup>. Nueva fué la prolongación de los estudios, el prescribir el orden en ellos y el ejercicio práctico del escolar, buscando la mayor perfección y la solidez de la doctrina en los diversos grados de la ciencia eclesiástica, desde las Humanidades hasta la Teología. «El ordenar, nota el P. Tacchi-Venturi<sup>14</sup>, cuatro años de Teología fué cosa nueva, que debe ser contada entre los primeros méritos adquiridos por Ignacio en promover la recta formación del clero». Al imponer la doctrina del Doctor Angélico contribuyó muy eficazmente a hacer de él el Doctor Universal; y la alianza entre la Teología escolástica y la «positiva», proclamada por el Santo en las «Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener», fué desde los principios tradición familiar en la Compañía<sup>15</sup> y se perpetuó en grado eminente en los grandes teólogos de la segunda edad de oro de la escolástica.

Este Código de estudios eclesiásticos lo prescribe Ignacio no sólo para sus religiosos, sino también para todo el clero que quiera formarse en sus aulas. No fué poco numeroso el que desde los principios se apiñó en ellas, así en Roma como en otras partes, y primero en el Colegio Germánico, medio providencial para la reforma católica en aquellos países infestados por la herejía y que tuvo resonancias

<sup>12</sup> GARCÍA VILLOSLADA, *Storia...* 10, 318.

<sup>13</sup> *Constitutiones Societatis Iesu*, p. IV, c. VI, n. 1-3: MHSI, *Monum. Ignat.*, s. III, t. II, p. 423.

<sup>14</sup> *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, V. II, p. II (Roma 1951), 127.

<sup>15</sup> SCHURHAMMER, o. c. 243-245.

*ecuménicas en la prescripción del Concilio Tridentino sobre la fundación de Seminarios para la educación del clero en toda la Iglesia; pues no parece pueda dudarse que al redactar este decreto los PP. Tridentinos tuvieron presente la experiencia de aquella obra de S. Ignacio.*

*No parece, pues, exageración de admirador apasionado el dar a S. Ignacio una significación muy especial en el campo de los estudios eclesiásticos; hasta hoy perdura plenamente en la Iglesia su mentalidad y su legislación. Nos es lícito por tanto hablar de un mensaje ignaciano en este sector, no menos que en el de la espiritualidad de los últimos siglos; mensaje de heroica entrega al estudio y de prudentísima dirección en él. Con su actuación y sus prescripciones nos muestra el camino que debemos seguir en los estudios eclesiásticos según el sentir de la Iglesia, en íntima subordinación al magisterio supremo: que por esto quiso Ignacio que su Colegio modelo fuese el Colegio Romano, a la vista e inmediata dependencia del Vicario de Cristo.*

JOSÉ M.<sup>a</sup> DALMAU, S. I.

*San Cugat del Vallés (Barcelona).*